

## 01

**“OS PORCOS”, DE JÚLIA LOPES DE ALMEIDA**

Rodrigo de Freitas Faqueri

**Rodrigo de Freitas Faqueri**

Doutor em Letras com ênfase em literatura guatemalteca pela Universidade Presbiteriana Mackenzie, tendo como tema central a estética da violência na obra de Rodrigo Rey Rosa. Participou do PDSE ofertado pela CAPES na Universidad Nacional de Costa Rica. Mestre em Letras também pela Universidade Presbiteriana Mackenzie. Licenciado em Letras Habilitação Port./Esp. pela mesma instituição em 2008. Cursa a Especialização em Gestão Educacional pela UFSM e a Especialização em Inovação na Educação Mediada por Tecnologias pela UFABC (2023). Atualmente é professor EBTT e Diretor Adjunto Educacional do IFSP - Câmpus Itaquaquetuba. Vice-presidente da Associação de Professores de Espanhol do Estado de São Paulo (APEESP) do Biênio 2022-2024. Possui experiência em estudos da área de Letras, com ênfase em Literaturas de Língua Portuguesa e Espanhola assim como em Estudos Culturais. Participa do GT da ANPOLL - Vertentes do Insólito Ficcional como docente colaborador e do Grupo de Pesquisa “O insólito ficcional na literatura contemporânea”.  
Lattes: <http://lattes.cnpq.br/9695208949895236>.  
E-mail: [rodrigofaqueri@ifsp.edu.br](mailto:rodrigofaqueri@ifsp.edu.br).

## **SOBRE A AUTORA, SUA OBRA E O CONTO ESCOLHIDO: BREVE APRESENTAÇÃO**

Em uma época extremamente sexista, em um Brasil fortemente machista, (marcas que, todavia, encontramos na atualidade) Júlia Lopes de Almeida foi uma escritora célebre no século XIX, contribuindo em discussões sobre o abolicionismo e também sobre a emancipação das mulheres em um cenário misógino. Mesmo contribuindo grandemente para os debates e para a criação da Academia Brasileira de Letras, em 1897, Júlia Lopes foi injustamente esquecida por seus colegas na fundação da ABL, simplesmente por ser mulher. A cadeira número três, que deveria ser ocupada por Júlia, foi dada a seu marido, Filinto Almeida. Seguindo o errôneo padrão francês para fundar a Academia, a ABL somente passou a aceitar mulheres em seu rol oitenta anos após a sua fundação, em 1977, com a entrada de Rachel de Queiroz entre os imortais. Somente em 2017, após diversos estudos sobre a obra da autora, foi que Júlia Lopes foi reconhecida pela Academia Brasileira de Letras, sendo homenageada com a cadeira vinte e um, após a injustiça sofrida em seu tempo.

Injustiças à parte, Júlia escreveu romances, contos, crônicas, ensaios e peças de teatro, inserindo em suas obras a representação da mulher e a sua luta por melhores condições sociais para seu gênero. Identificou e revelou à sociedade os problemas enfrentados pelas mulheres de sua época e expôs o machismo presente no território brasileiro de diferentes formas. A autora carioca defendia a abolição da escravidão, além do modelo republicano, do direito ao divórcio e à educação formal às mulheres.

Quanto às suas obras, um de seus romances mais conhecidos, intitulado *A falência* (1901), apresenta a temática do adultério

feminino e a decadência econômica e moral da classe burguesa após a abolição da escravidão no país. Este livro atualmente encontra-se como leitura obrigatória em diversos exames de ingresso a universidades em nosso país.

Em seu livro de contos, *Ânsia Eterna* (1903), Júlia Lopes surpreende seus leitores com narrativas que destacam o terror e a violência, em um cenário insólito. Seis anos após a publicação de *Drácula*, de Bram Stoker, a carioca apresenta contos como “A nevrose da cor”, em que a protagonista é uma princesa vampira no Egito Antigo.

Em “Os porcos”, o leitor irá se deparar com a história de Umbelina, cabocla grávida do filho do patrão, que é rechaçada por seu pai por conta da indesejada gravidez proibida. Insatisfeita com a decisão do pai, Umbelina decide tomar as rédeas de seu destino e vingar-se do seu amante, que também a abandonou. O resto (o medo, a luta, a indignação, o terror, etc.), é história.

Nessa versão em espanhol do texto de Júlia Lopes, dedicada originalmente a Artur Azevedo, buscamos apresentar o entrelaçamento entre lirismo e o terror na narrativa da carioca que envolve e aterroriza seu leitor concomitante.

Boa leitura!

## LOS CERDOS

*A Artur Azevedo*

Cuando la chola Umbelina surgió embarazada, su padre le dio una paliza, afirmando que daría el nieto a los cerdos para que se lo comieran.

El caso no era nuevo, ni la espantó, y que él había de cumplir la promesa, lo sabía muy bien. Ella misma, recordaba, encontrara

una vez un brazo de un niño entre las flores doradas del calabazal. Aquello, seguro, había sido cosa del padre.

Todo el tiempo del embarazo pensó, en una obsesión crudelísima, torturante, en el aquel bracito desnudo, suelto, frío, resto de un banquete delicado, que la torpe veracidad de los animales olvidara por cansancio y atracón.

Umbelina se sentaba horas enteras en el umbral de la puerta, peinando con un peine rojo de celuloide el pelo negro y corredizo. Seguía así, perezosamente, con una mirada aguda y vagarosa, las líneas del horizonte, huyendo de fijar a los cerdos, aquellos cerdos malditos, que daban vueltas a la casa desde la mañana hasta la noche.

Los veía siempre ahí, arrastrando en el barro los cuerpos inmundos, de poca pelusa y lorzás gachas, con la mirada golosa, luciendo bajo los párpados blandos, y el oído encubierto por la oreja chata, en el egoísmo brutal de concentrar en ello toda la atención. Los chanchitos venían por veces, ruidosos y a las volteretas, involucrarse en su falda, y ella los sacudía de asco, golpeándoles con los pies, dándoles con fuerza. Los cerdos no la temían, andaban cerca, haciendo desaparecer todo frente el desenfreno de sus hocicos romos y muebles, que iban y venían gruñiendo, babosos, odiosos, ensuciados de mugre en la que se deleitaban, o rubios por el polvo de maíz, que estaba ahí a los montes, dorando al sol.

¡Ah! ¡Los cerdos eran una buena alcantarilla para los vicios del cholo! Umbelina los odiaba e iba pensando en la manera de acabar con el hijo de una forma menos degradante y menos cruel.

Guardar al niño... pero ¿cómo? Su mirada interrogaba en vano el horizonte aflojado de nubes.

El amante, hijo del patrón, la había dejado de lado...¡decían que hasta iba a casarse con otra! Sin embargo, la creían todos guapa, en su tipo de india, principalmente a los domingos, cuando se adornaba con las maravillas rojas, que le daban color a la piel bronceada y la vestían con un olor dulce y modesto...

Eran las dos horas de la madrugada, cuando Umbelina entreabrió un día la puerta de la casa paterna y se escabulló para el patio.

A la luz de la luna, todas las cosas tenían un brillo muy suave. El agua de la rueda hidráulica caía en chorros sollozados, flanqueando la estancia de paja, y corriendo después en un hilo luminoso y trémulo por la planicie afuera. Flores de gabioba y de huisache ponían sábanas de nieve en la extensa orilla del arroyo; todas las hierbas de la maleza olían rico. Un gallo cantaba cerca, otro lo contestaba más lejos, y otro más, y otro...hasta que las voces de los últimos se confundían en la distancia con los más livianos rumores nocturnos.

Umbelina alejó con la mano febril el chal que la envolvía, y, descubriendo la cabeza, investigó con la mirada siniestra el cielo profundo.

¿Dónde se escondería el gran Dios, divinamente misericordioso, de quien el padre hablaba en la misa de la aldea en términos que ella no comprendía, pero que la hacían temblar?

Nadie puede huir de su destino, lo decían todos; ¡¿estaría, entonces, escrito que su suerte fuera esa de que el padre se lo prometía - de matar el hambre de los cerdos con la carne de su carne, la sangre de su sangre?!

Esas cosas resonaban por su espíritu, indeterminadas y confundidas. La rabia y el miedo del parto la estrangulaban. No quería mucho al hijo, en él odiaba el amor engañoso del hombre que la sedujera. Lo mataría, lo esmagaría, pero echarlo a los cerdos...¡eso jamás! Y le regresaba a la mente, en un escalofrío, aquel bracito suelto, que ella tuviera entre los dedos indiferentes, en su bestialidad de chola naca.

¡El cielo estaba despejado, azul, un cielo de enero, caliente, vestido de luz, con su estrella Vésper enorme y diamantina, y la luna muy grande, muy fuerte, muy esplendorosa!

La chola echó una mirada con ojo vivo para los lados del campo de maíz, donde a su oído agudísimo pareciera sentir un ruido cauteloso de pies humanos; pero no vino nadie, y ella, abrasada, arrancó el chal de los hombros y lo arrastró en el suelo, sujetándolo con la mano, que los dolores del parto crispaban convulsivamente. El cuerpo se mostró disforme, mal resguardado por una camisa de algodón y una pollera. Por los hombros estrechos se agitaban las puntas de los cabellos negros y reluciente; el vientre pesado, muy caído, le dificultaba la caminata, que ella interrumpía a menudo para respirar alto, o para agacharse, contorciéndose toda.

Su idea era ir hasta la puerta del amante y tener su hijo ahí, matarlo ahí, en las gradas de piedra, que el padre había de pisar mañana, cuando bajara para el paseo habitual.

Una venganza dolida y cruel aquella, que se fijara hacía mucho en su corazón salvaje.

El bebé temblaba en su vientre, como si presintiera que entraría en la vida para entrar en la tumba, y ella apresuraba sus pasos nerviosamente por sobre las hojas de la hierba de Santa Lucía.

¡Ay! ¡Ahora iban a ver quien era la chola! ¿La despreciaban? ¿Se reían de ella? ¿La dejaban a tontas y a locas, como a un perro sin dueño? ¡Pues que se lo esperasen! Y rumiaba su plan, recelando olvidarse de alguna pequeñez...

Dejaría el bebé vivir algunos minutos, lo haría llorar, para que el padre desde dentro, entre el confort de su colchón de capoc, que ella deshilara cuidadosamente, le escuchara los vagidos débiles y los guardara siempre en la memoria, como un remordimiento.

Ella estaba perdida. En casa no la querían; la madre la renegaba, el padre la golpeaba, el amante le cerraba las puertas... ¡y Umbelina maldecía alto, amenazando hacer caer sobre toda la gente la cólera divina!

La luz de la luna blanca y fría alumbraba la triste caminata de aquella mujer casi desnuda y pesadísima, que iba golpeada de dolores y de miedo por los campos. Umbelina circunvaló el campo de maíz, ya seco, muy amarillado, y que chascaba al contacto de su cuerpo poco estable; transcurrió después el gran juncal, de un verde agua, que la luz de la luna llenaba de dulzura y que se alastraba por el cerro abajo, hasta cerca del engeño, en la explanada de la izquierda. Por entre las cañas hubo un arrastrar de serpientes, y se irguió de la otra parte, en la oscuridad del yucal, un vuelo tierno, de ave asustada. La chola se bendijo y fue derecho por el terreno blando del frijolar todavía nuevo, aplastando bajo la suela de los pies cortos y trigueros las hojitas tiernas de la planta todavía sin flor. Después abrió arriba la puerta pequeña, que gimió prolongadamente en los movimientos de ida y vuelta, con que ella impulsiónó para adelante y hacia atrás. Entró en el pasto

de la hacienda. Una gran mudez por todo el inmenso césped. El terreno bajaba en una línea suave hasta el terrero de habitación principal, que aparecía a lo lejos en un punto blanco. La chola se bajó reprimida, suspendiendo el vientre con las manos.

Toda su energía iba fugándose, atemorizada con el dolor físico, que se acercaba en contracciones violentas. Poco a poco los nervios se distendieron, y el casi bienestar de la extenuación la hizo dejarse quedar ahí, inmueble, con el cuerpo en la tierra y la cabeza erguida para el cielo tranquilo. Una ola de poesía la invadió por completo: eran los primeros lazos de la maternidad, la pureza inolvidable de la noche, la transparencia lúcida de los astros, los sonidos casi imperceptibles y misteriosos, que le parecían venir desde lejos, de muy alto, como un eco fugitivo de la música de los ángeles, que decían haber en el cielo bajo el manto azul y flotante de la Virgen Madre de Dios...

Umbelina sentía una gran ternura tomarle el corazón, subirle a los ojos.

No la sabía comprender y se dejaba ir en aquella vaga sublimemente piadosa y triste...

Súbitamente, la sacudió un dolor violento, que la tomó de sorpresa, obligándole a clavar sus uñas en el suelo. Aquella brutalidad la hizo maldecir y erguirse después rabiosa y decidida. Tenía que atravesar todo el largo pasto, la orilla del lago y el borde del pomar, antes de caer en la puerta del amante.

Lo hizo; pero las fuerzas disminuyeron y los dolores se repetían cada más frecuentes.

Allá abajo aparecía la placa blanca, golpeada por la luz de la luna, de las paredes de la casa.

La chola iba con los ojos fijos en dicha luz, apresurando los pasos cansados. El sudor le caía en gotas gruesas por todo el cuerpo, al tiempo en que las piernas se le doblaban al peso del bebé.

En el medio del pasto, una higuera enorme extendía los brazos sombríos, poniendo una mancha negra en toda aquella extensión de luz. La chola quiso esconderse allí, cansada de la claridad, con miedo de sí misma, de los pensamientos pecaminosos que tumultuaban en su espíritu y que la luna santa y blanca parecía penetrar y esclarecer. Ella alcanzó la sombra con pasos irresolutos; pero los pies hinchados y durmientes ya no sentían el terreno y tropezaban en las raíces de árboles, muy extendidas y protuberantes en el suelo. La chola cayó de rodillas, amparándose para delante en las manos aplanadas.

El choque fue rápido y los últimos dolores de parto vinieron a restringirla. Quiso reaccionar todavía y levantarse, pero ya no pudo, y furiosa relajó los dientes, soltando los últimos y agudísimos gritos de la expulsión.

Un minuto después el bebé lloraba sofocadamente. LA chola entonces arrancó con los dientes el cordón de la pollera, e irguiendo el cuerpo, lo ató con firmeza el ombligo del hijo, lo envolvió en el chal, sin casi mirarlo, con miedo de amarlo...

¡Con miedo de amarlo!... En su corazón salvaje desabotonaba tímidamente la flor de la maternidad. Umbelina se levantó costosamente con el hijo en los brazos. El cuerpo aplastado de dolores, que le parecían aflojarle las carnes, no obedecía a su voluntad. Allá abajo la misma placa de luz alba le hacía señas, llamándole para la venganza o para el amor. Juzgaba ahora que,

si golpeará aquellas ventanas y llamara el amante, él vendría conmovido y trémulo besar su primer hijo. Se aventuró en pasos costosos a seguir su camino, pero le regresaron rápidamente los dolores y, sintiendo disiparse, se sentó en el césped para descansar. Descubrió así hasta la mitad del cuerpo de su hijo: lo encontró blanco, guapo, y en un impulso de amor lo besó en la boca. El bebé movió los labios en la succión de los recién nacidos y ella le dio el pecho. El pequeñito tiraba inútilmente, la chola no tenía aliento, la cabeza se colgaba en un vértigo suave, después le vino otro dolor, los brazos se le abrieron, y ella tumbó de espaldas.

La luna desaparecía, y los primeros albores de la aurora tiñeron de un róseo dorado todo el horizonte. Encima el azul cargado de la noche cambiaba para un violeta transparente, blanquecino y diáfano. Fue en el medio de aquella dulce transformación de la luz que Umbelina mal distinguió un vulto negro, que se acercaba lentamente, arrastrando en el suelo las tetas flácidas, con la cola delgada, arqueado, sobre las ancas enormes, la pelusa tiesa, irrompiendo rara de la piel oscura y rugosa, y la mirada golosa, estúpidamente fijo: era una cerda.

Umbelina la sintió gruñir, vio confundidamente los movimientos repetidos de su hocico trompudo, gelatinoso, que se arregazaba, mostrando los dientes amarillos, fuertes. Un soplo frío corrió por todo el cuerpo de la chola, y ella estremeció oyendo un gemido doloroso, dolorosísimo, que se clavó en su corazón aflicto. ¡Era del hijo! Quiso erguirse, cogerlo en los brazos, defenderlo, salvarlo... pero continuaba desvanecerse, los ojos mal se abrían, los miembros laxos no tenían vigor, y el espíritu mismo perdía la noción de todo.

Sin embargo, antes de morir, todavía vio, vaga, indistintamente, el vulto negro y rollizo de la cerda, que se alejaba con un montón de carne colgado en los dientes, destacándose aislada y aterradora en aquella inmensa vastedad color de rosa.

### REFERÊNCIAS

ALMEIDA, Júlia Lopes. Os porcos. *In*: ALMEIDA, Júlia Lopes. *Ânsia Eterna*. Rio de Janeiro: Ed. Vermelho Marinho, 2020.